

les ocultaba que la misma Francia, aun cuando condenada á guardar silencio, no aprobaba estas guerras continuas, en las cuales se derramaba su sangre á torrentes por objetos que no se hallaban á su alcance, desde que sus fronteras no solo habían llegado sino dejado atrás á los Alpes, al Rhin y á los Pirineos. No ignoraban que, despues de un inmenso entusiasmo hácia la persona de Napoleon, empezaba á nacer un odio sordo en su contra y podia estallar al primer descalabro; que este odio en Alemania no tenia el carácter de sordo y oculto, sino de público y ardiente, mas violento aun que en España, donde el agotamiento de fuerzas lo habia amortiguado algun tanto; que en los Estados aliados, como Baviera, Wurtemberg, Sajonia, los pueblos se irritaban cruelmente contra sus principes de resultados de sacrificarlos á un soberano extranjero por el puro interés de un ensanche de territorio, y que entre ellos figuraba la quinta como la mas odiosa de las instituciones; que en Prusia, ademas de todos los males inherentes á las continuas guerras, se experimentaba el desconsuelo de la grandeza ya perdida; que en Austria, calmada algun tanto despues de la paz y del matrimonio, nutria la córtomas aversion que nunca contra Francia, y se echaba amargamente de menos la Italia y sobre todo la Iliria; que por último en el Norte, y en la misma Polonia, se sentian padecimientos que aminoraban mucho el entusiasmo hácia Napoleon, y aumentaban adictos á la opinion de algunos magnates polacos, los cuales entendian que la Polonia debia reconstituirse, mas no por Francia, sino por Rusia, poniendo la corona de los Jagelones en las sienas de Alejandro ó de algun principe de su familia. Y

era verdad que la infortunada Polonia, no teniendo otra riqueza que sus trigos, sus maderas, y sus cáñamos, que no podian cruzar el puerto de Danzick desde que el bloqueo continental fué establecido, padecia de un modo horrible; que allí la nobleza estaba arruinada, el pueblo abrumado por las contribuciones, la ciudad de Danzick, de rica poblacion comercial transformada en poblacion belicosa, reducida á la última miseria. Tanto habia conmovido el espectáculo de estos males al general Rapp, fino cortesano, si bien de corazon excelente, que se atrevió á ponerlos en noticia del mariscal Davout, diciendo que, si el ejército francés sufría una sola derrota, estallarí una insurreccion general desde el Rhin hasta el Niemen y al punto. A pesar de distinguirse el mariscal Davout por frio y severo, de atender poco á los padecimientos de que participaba antes que nadie con sus soldados, y de guardar el silencio que imponía á los demas sobre públicos negocios, transmitió á Napoleon las cartas que el general Rapp le habia escrito, acompañándolas con estas notables palabras.—«Con efecto, señor, recuerdo que el año de 1809, á no ser por los milagros de V. M. en Ratisbona, nuestra situacion hubiera sido muy apurada en Alemania.»

Tales verdades harto tristes para nosotros eran las que, agregándose al convencimiento de sus fuerzas efectivas, inspiraban á los rusos la confianza de emprender una lucha formidable. Se decian por tanto que, si la guerra ofrece azares crueles, tambien los presenta ventajosos; que, si Napoleon encontraba en Rusia las llanuras de Pultawa, á semejanza de Carlos XII, toda la Alemania se levantaria á su espalda; que los principes aliados

se verian obligados por sus respetivos pueblos á desprenderse de su alianza; que la misma Polonia acogeria la idea de reconstituirse de otro modo que por mano de Napoleon, y que Francia exangüe, cansada de los sacrificios que le costaba una ambicion sin limites y sin objeto razonable, no haria ya los esfuerzos de que en otro tiempo se mostrara capaz con el fin de sostener su grandeza.

Estos motivos confirmaban á Alejandro en la resolucion de poner todos los desmanes de parte de Napoleon y ninguno de la suya, de no tomar la iniciativa de la agresion, de plantarse á las márgenes del Niemen sin cruzarlo, y de aguardar al enemigo, sin salirle al encuentro, en una actitud formidable, pero reservada. Esta conducta le parecia preferible de todo punto, militar y políticamente, sin contar que así salvaba la última eventualidad de la paz, siendo siempre posible que una negociacion venturosa hiciera caer en el último instante las armas de manos de todos. Este sistema fué llevado hasta el extremo de dejar al contrario la iniciativa de todos los actos evidentemente provocativos, como la partida de la Guardia imperial y la del emperador para el ejército. Así se resolvió no hacer salir la Guardia imperial rusa de San Petersburgo hasta que hubiera salido de Paris la Guardia imperial francesa, y el mismo Alejandro proyectó no abandonar su capital hasta que Napoleon hubiera abandonado la suya. Mas tarde se verá que solo en este punto no llevó hasta lo último su sistema.

En el propio sentido fué dirigida la diplomacia. Evidentemente nada habia que esperar de Prusia, ni de Austria. Todo lo que se podia obtener

de estas potencias era la neutralidad, y eso si Napoleon se la consentia; pero no habia que pensar en una cooperacion por su parte. Sin embargo, ciertas alianzas se brindaban con ardor y casi con importunidad, como la de Inglaterra, y ¿podria creerse? la de Suecia. La alianza de Inglaterra era natural, legitima, é inevitable al primer cañonazo que se disparara entre Francia y Rusia. En su afan por anudarla, el gabinete británico habia elegido el pretexto de una demanda de salitre, hecha por Rusia al comercio neutral, para despachar á Riga unos doce buques cargados de pólvora. Ademas envió á Suecia un agente, Mr. Thorton, quien á la menor esperanza de ser acogido, debia lanzarse al primer puerto ruso que le fuera abierto. Entretanto Mr. Thorton debia procurar en Estokolmo abocarse con la legacion rusa, valiéndose del gabinete sueco para que se pusiera buena cara á sus aberturas.

Conviene repetir que nada mas natural que esta impaciencia del gabinete británico, solo cabe afirmar que era harto petulante, y que, adelantándose tan pronto, se exponia á proporcionar la avenencia, si aun era posible, de aquellos á quienes queria desunir para siempre. Pero Suecia, ó, por hablar con mas exactitud, el príncipe que debia á Francia su ascenso á las gradas de aquel trono, se empleaba con ardimiento en buscarnos enemigos y en anudar alianzas en nuestra contra. Esto, que es capaz de sorprender y aun de sublevar á todo corazon honrado, era lo que se veia entonces, y formaba una de las partes que mas resaltaban en el cuadro extraordinario que se ofrecia á la sazón á los ojos del mundo.

El príncipe Bernadotte, elegido heredero del trono de Suecia en la ocasión, con el designio, y de la manera que se ha visto, se acababa de constituir definitivamente como el enemigo más activo y menos disfrazado de Napoleón. La negativa de la Noruega, acto tan honrado de una política que no lo era siempre, el desdenoso silencio prescripto á la legación francesa, habían despertado en su corazón el odio antiguo que contra Napoleón abrigaba, y este odio ¿podría creerse? tenía por raíz la envidia. Envidioso por naturaleza, osaba tener celos del que siempre hubiera debido quedar fuera de alcance para su envidia, tanto la superioridad de gloria y de situación imposibilitaba que el general Bonaparte y el general Bernadotte pudieran ser parangonados de ninguna manera. Se concebiría que este último tuviera celos de Moreau, de Massena, de Lannes, de Davout, aunque le superaban mil veces; pero para tenerlos de Napoleón se necesitaba la locura de la envidia en un espíritu y un corazón pequeños. Investido un momento con la regencia, de resultas de la salud intercadente del monarca reinante, privado luego de este papel á causa de que el monarca había temido una alteración demasiado grande en las relaciones con Francia, pero continuando en secreto como el principal motor de los negocios, repentinamente había fijado su vista en los partidos, que al principio no le habían llamado al trono, en el partido inglés, compuesto de comerciantes y propietarios que vivían del contrabando, en el partido de la aristocracia, que detestaba á Francia y sus revoluciones, diciéndoles por todos los tonos, según las circunstancias y casi siempre con singular impruden-

cia, que no pensaba ser esclavo de Napoleón; que era sueco y no francés; que si convenia á Francia arruinar á Suecia privándola de su comercio, no se prestaría á tal cosa, y que ante todo pensaba en la prosperidad de su nueva patria. Respecto de los que le habían elegido y eran parciales de Francia, apasionados por la revolución de 1789, por la antigua grandeza sueca, por la gloria de las armas, todo lo cual les había inducido á elegir un general francés, hablábales de honor, de patria, de valor militar, y sin indicar dónde ni cómo, prometía guiarles á la victoria y restaurar la grandeza de Suecia. Halagando así á todos los partidos por el lado que más les tocaba, había procurado asimismo atraerse las legaciones inglesa y rusa, existente la primera de un modo clandestino y la segunda oficialmente en Estokolmo, haciendo oír á cada uno lo que mejor podía convenirle. A una y otra dijo que estaba resuelto á sacudir el yugo de Francia; que si las principales potencias estaban determinadas á dar la señal él la seguiría; que conocía el lado flaco del genio y del poder de Napoleón, y enseñaría el secreto de batirle; que ya era mucho el general Bernadotte de menos en los ejércitos franceses; y que si Inglaterra y Rusia querían entenderse con Suecia, les podría ser de inmenso auxilio; que cuando Napoleón se hallara engolfado en Polonia, donde estuvo á punto de perecer en 1807, y donde pereciera á no ser por los servicios del general Bernadotte, podría él, príncipe real de Suecia, bajar al continente con treinta mil suecos, y aun con cincuenta mil si se le daban subsidios, é insurreccionaria toda la Alemania á espaldas del ejército francés. Por galardón de este socorro pe-

dia, no la Finlandia, pues conocia ser necesaria á Rusia, sino la Noruega, que era poco razonable dejar á Dinamarca, constante aliada de Napoleon y traidora á la causa de Europa.

Estas revelaciones, hechas con indiscrecion inexcusable á Inglaterra y Rusia, habian excitado cierta especie de desconfianza, tanto movian á asombro, y tan poca estimacion inspiraban hácia el autor de ellas. Dirigidas hasta al rey de Prusia en una entrevista secreta pedida á su embajador, habian subleyado la honradez de este monarca, el cual no se atrevió á denunciarnos este infiel hijo de Francia, si bien nos hizo ver harto claramente la necesidad de vigilarle. Por lo que hace á las potencias ya en lucha con nosotros como Inglaterra, ó próximas á estarlo como Rusia, habian contemplado á un enemigo de Napoleon de quien podian sacar partido, sin fiarse de él á pesar de todo. A fin de acercarse mejor de una á otra, el nuevo principe sueco habia tratado de valerse de la antigua influencia sueca en Turquía, para negociar la paz entre turcos y rusos, y hasta entabló negociaciones encaminadas á este objeto ora en San Petersburgo, ora en Constantinopla. Asi este personaje, tan nuevo en la escena del mundo, y tan inesperado enemigo de Francia, se brindaba á avenir á Rusia é Inglaterra, á Rusia y la Puerta, y queria ser á toda costa el nudo de todos estos lazos, la espada de todas estas coaliciones.

Alejandro, en su sistema de reserva que, segun acabamos de decir, tenia por objeto poner todos los desafueros de parte de su adversario y mantenerse libre de todo compromiso, á fin de hallarse en aptitud de optar por la paz hasta el último ins-

tante, no queria prestarse á las impacencias de Inglaterra, ni á las intrigas de Suecia, cuya conversion le parecia demasiado rápida para merecer confianza. Una reflexion hizo muy natural y muy sencilla, la de que, una vez consumada la ruptura con Francia, la paz con Inglaterra seria asunto de una hora; que se establecerian las condiciones que él quisiese; que, hechos sus aprestos militares durante un año y durante diez los de Inglaterra, un retraso de dos ó tres meses en la avenencia no perjudicaria á la organizacion de sus recursos; y que el empleo de estos recursos no se podria regularizar bien hasta el momento mismo de las hostilidades; que así no tenia por que darse prisa, y que en anticiparse algun tanto nada ganaria mas que comprometerse con Napoleon y sacrificar las últimas esperanzas de paz de una manera definitiva. Consiguientemente rehusó los bageles cargados de pólvora, obligólos á salir de las aguas de Riga, con la amenaza de alejarlos á cañonazos si oponian resistencia, y dió á entender á Mr. Thorton que todavía no era tiempo de presentarse en San Petersburgo. En cuanto á Suecia, como estaba menos seguro de tenerla á su lado, porque al modo que esta potencia, en su movilidad ambiciosa, habia abandonado á Napoleon por un desengaño, podia abandonar á Rusia por las aberturas rechazadas, Alejandro resolvió escuchar sus increíbles desig- nios, y aparentar que les daba oídos con la atencion de que eran merecedores, y que reflexionaba sobre ellos con la madurez que exigia su importancia. Alejandro envió al príncipe Bernadotte magnificas pieles, y le prodigo las manifestaciones personales mas lisonjeras. Respecto de Turquía,

la cual rechazaba obstinadamente las condiciones propuestas, y de ninguno modo queria ceder la Moldavia hasta Sereth; ni consentir en el protectorado de los rusos sobre la Valaquia y la Servia, ni desprenderse de la menor porcion de territorio a lo largo del Cáucaso por pequeña que fuese, ni pagar ninguna indemnizacion de guerra, con la persuasion de que, resistiendo algunos dias más, estrechada Rusia por las armas de Francia se veria obligada á desistir de todas sus pretensiones, modificó Alejandro una vez mas las condiciones propuestas, renunciando al protectorado sobre la Servia y la Valaquia, al territorio exigido á lo largo del Cáucaso, á la indemnizacion de guerra, pero insistió en obtener toda la Besarabia y la Moldavia hasta Sereth, y se lisonjeó de obtener la paz mediante estas nuevas condiciones, lo cual le debia dejar libre para disponer de todas sus fuerzas contra Francia.

Tales eran los planes de Rusia, planes, como se vé, muy bien entendidos, y muy adaptados á su situacion sobre todo. Segun el estado á que habian llegado las cosas, no se podia ya pensar en enviar á Mr. de Nesselrode á Paris; pues no valia la pena de darse apariencias de implorar la paz para no obtenerla. Asi el proyecto de este paso fué abandonado, con satisfaccion de Mr. de Romanzoff, harto irreflexiva. Alejandro dió parte de esta nueva resolucion á Mr. de Lauriston con un dolor no disimulado: dijole que el correo partido de Paris el 13 de enero no dejaba ni una sola esperanza de salvar la paz; que le pesaba mucho, porque no habia cesado de desearla sinceramente; que, para conservarla, habia resuelto atenerse á las con-

diciones de Tilsit, esto es, á continuar hostil á Inglaterra, hasta á sufrir el despojo de los Estados de Oldenburgo, salvo una indemnizacion que Francia fijaria á su gusto, y á consentir la existencia del gran ducado de Varsovia, con tal de que no se quisiera hacer de este ducado un principio de reino de Polonia. Ademas dijo que siempre estaba resignado á concurrir al bloqueo continental, cerrando sus puertos al pabellon británico, y buscando este pabellon bajo todas las denominaciones que usurpara; pero que le era imposible llevar este esmero hasta excluir el comercio americano totalmente, pues equivaldria á reducir su pais al estado de miseria en que se encontraba Polonia; que los americanos á quienes recibia se comunicaban sin duda con los ingleses, y así lo reconocia, pero que de su nacionalidad estaba seguro, y no los admitia cuando inspiraban la mas leve duda, que si se negaba á admitirlos despues de haberse comunicado con los ingleses no podria recibir á ninguno de ellos, lo cual seria ruinoso para Rusia, y por otra parte no podia ser obligatorio sino por efecto de los decretos de Berlin y Milan, en los cuales no tuvo participacion alguna; que cien veces habia repetido estas cosas y por última vez las repetia, para testificar bien lo que llamaba *su inocencia*; pero que ningun poder del mundo le haria salir de los terminos que habia fijado y aun fijaba; que sosten-dria una guerra de diez años, si era forzoso, y se retiraria al fondo de la Siberia antes que descender á la situacion de Austria y Prusia; que, provocando Napoleon esta ruptura, apreciaba muy mal sus verdaderos intereses; que ya Inglaterra tocaba casi al término de sus recursos, que si-

guiendo en mantenerla incomunicada, cual lo estaba entonces, y volviendo contra lord Wellington las fuerzas preparadas contra Rusia, se lograría la paz antes de un año; que, procediendo de otro modo, se iba á lanzar Napoleon á sucesos desconocidos é incalculables, y á devolver á Inglaterra todas las eventualidades de triunfo que habia perdido. Alejandro añadió que perseveraría incontrastable en la línea que se habia trazado; que sus tropas permanecerían detrás del Niemen, y no serían las primeras en cruzarlo; que queria que su nacion y el universo fueran testigos de que la agresion no era suya; que llevaba este escrúpulo hasta el extremo de negarse á oír una sola proposicion de Inglaterra; que habia despedido su pólvora; que despidiría á Mr. Thorton de igual manera, si Mr. Thorton se presentaba, sobre lo cual empeñaba su palabra de honor de hombre y de soberano. Por último dijo Alejandro que en semejante estado de cosas, el envio de Mr. de Nesselrode no era posible; que su dignidad se lo prohibia igualmente que el buen sentido, pues esta mision no conduciría á nada. Insistiendo Mr. de Lauriston en sostener que Mr. de Nesselrode seria en Paris bien acogido, expresóle entonces Alejandro lo que ya hemos referido del significativo silencio de Napoleon acerca de la mision de Mr. de Nesselrode, de su frialdad para con el principe Kourakin, datando precisamente desde que de esta mision se tuvo noticia, y acabó por declarar cómo se habia sabido por otra vía que Napoleon lo desaprobaba. Esta vía, que Alejandro indicaba sin nombrarla, era la de Prusia, la cual con intencion muy sana, creyendo ser útil al mantenimiento de la paz, ha-

bia comunicado las reflexiones de Napoleon sobre el inconveniente de meter demasiado ruido con el viage de Mr. de Nesselrode. Asi, por desear honradamente la paz esta potencia, habia dañado á tal causa en vez de servirla.

Al usar Alejandro de este lenguaje, mostrósese mas conmovido que nunca, bien que no menos resuelto que conmovido, y evidentemente habló como hombre que no temia manifestar el sentimiento que le ocasionaba la guerra, por lo determinado que estaba á hacerla, y á hacerla terrible. Dejó á Mr. de Lauriston tan afectado como él lo estaba, porque este ciudadano excelente sentíase como desesperado ante la idea de las hostilidades previendo lo que podria resultar de ellas. Por lo demas debia á Alejandro una acogida amigable del todo y habia sido colmado de atenciones. Solo por corresponder á las frialdades de que el principe Kourakin habia sido objeto, se le convidaba menos á menudo á comer en la córte, y la intimidad de la familia imperial; mas donde quiera que se le encontrase, eran las mismas las atenciones á su persona. Comprendido fué por la sociedad de San Petersburgo el ejemplo que le daba Alejandro. Mr. de Lauriston hallaba en todas partes infinitas contemplaciones, reservada cortesania, resolucion tranquila sin jactancia, y dolor sin debilidad en suma. No habia punto donde no viese personas que temieran la guerra, bien que decididas á aceptarla mas bien que retroceder un ápice de los limites que el emperador habia trazado. Ni injurias, ni malos tratamientos experimentaban los franceses en parte alguna. Esperábase con calma el momento de lanzarse á los furores del patriotismo y del encono.

Mr. de Lauriston, que habia recibido del 25 de enero al 3 de febrero todas las comunicaciones, de que acabamos de dar cuenta, trasmitiolas á su corte por un correo despachado el 3 de febrero con exactitud escrupulosa, añadiendo á ellas una pintura tan fiel como persuasiva del estado de los ánimos en San Petersburgo. Su correo llegó á París del 15 al 17 de febrero. Precedido habia sido por otros que anunciaban poco mas ó menos el mismo estado de cosas, y que hacian presumir que Mr. de Nesselrode ya no partiria, lo cual declaraba el último de un modo indudable.

Seguro Napoleon de que Mr. de Nesselrode ya no iria á París, habia logrado sus fines, mas hallaba á Rusia demasiado resuelta, y aunque le pareciese bastante intimidada para no tomar la ofensiva, siempre recelaba que la arrastrasen á cruzar el Niemen espíritus fogosos, y á tomar la delantera en Koenigsberg y Danzick á los franceses. De consiguiente resolvió concluir sin demora sus alianzas y poner desde luego en marcha sus tropas, á fin de no llegar el último al Vistula, y cuidó de acompañar estos actos decisivos con algunos pasos políticos de índole propia á calmar las emociones del gabinete ruso, haciéndole concebir ciertas esperanzas de paz.

Hasta ahora no habia querido Napoleon concluir sus alianzas por miedo de que Rusia estuviese demasiado alerta, y hacia esperar particularmente á la infeliz Prusia, temerosa de continuo de que se ocultara algun abominable lazo en tan prolijas dilaciones. Se debé hacer memoria de que Napoleon habia exigido imperiosamente de ella la interrupcion de sus armamentos, amenazándola

con quitarle á Berlin, Spandau, Grandentz, Colberg, el rey, el ejército, y cuanto quedaba de la monarquía del gran Federico, si no ponía fin á sus aprestos, y empeñándola por el contrario su palabra, si cedía, de concluir con ella un tratado de alianza, por cuyo primer artículo se estipularia la integridad del territorio prusiano. Desde el mes de octubre último la tenia en suspenso bajo pretextos diferentes, hasta que al cabo explicó el motivo de sus aplazamientos, muy sostenible y satisfactorio. Llegado el mes de febrero, y las cosas á punto de no haber ya dilaciones, tomó su partido, y causó un ostensible movimiento de alegría al monarca y á Mr. de Hardenberg, anunciándoles que se iba á firmar el tratado de alianza. El monarca prusiano, á quien Prusia habia empujado tanto á la guerra en 1805, y abandonado tan por completo en 1807, no se creía con deberes mas que respecto de su país y su corona, y persuadido ademas, como todo el mundo, de que otra vez seria de Napoleon la victoria, no pudiendo permanecer neutral, se declaraba aliado suyo. Su política á la sazón era, puesto que daba á Napoleon un contingente, dársele todo lo fuerte que estuviere á su alcance, á fin de que al celebrarse la paz hubiera de concederle una gran recompensa en restituciones de plazas fuertes, en disminuciones de contribuciones de guerra, en extension de territorio. Hasta cien mil hombres ofrecia, si se consideraban necesarios, buenos soldados todos, mandados por el respetable general de Grawert, y prontos á prestar muy buenos servicios tan luego como vieren en la alianza francesa la certidumbre de la restauracion de su patria. Por galardón del socorro solcita-

ba el rey de Prusia una de las plazas del Oder quedadas en manos de Napoleon como prenda, la de Glogau, por ejemplo, que no estando como Stetin ó Custrin en el camino que habian de llevar sus tropas, importaba menos á Francia; además la exencion de los 50 ó 60.000.000 que aun debía al tesoro francés el tesoro prusiano, y por último al tiempo de la paz un ensanche de territorio, proporcionado á los servicios que prestara el ejército de Prusia. A mayor abundamiento el rey Federico Guillermo hubiera deseado que se neutralizara para él y su corte un territorio, especialmente el de Silesia, adonde se retiraria, lejos del tumulto de las armas, pues Berlin, situado al paso de todos los ejércitos de Europa, no iba á ser mas que una ciudad de guerra.

Otra era la política de Napoleon, y no entendia destruir la Prusia, ni restaurarla. Bastábale hallarla sumisa y desarmada en su camino, y no contaba lo bastante con los soldados prusianos para permitir que volviera á armar un gran número de ellos. No desconfiaba precisamente de su valor, ni de su lealtad, pero se figuraba con razon que en un dia de adversa fortuna para sus armas, se sentirian arrastrados por el espíritu germanico todos. No queria, pues, que Prusia tuviera mas soldados que los permitidos segun los tratados vigentes (cuarenta y dos mil), ni que hiciese excesivos gastos, y sacase de aqui pretexto para no cumplir sus compromisos pecuniarios respecto de Francia. Por estos motivos rechazó de plano sus proposiciones, diciendo que le bastaban veinte mil prusianos, y que no eran soldados los que necesitaba para batir á Rusia, sino viveres y caballos

con que trasportarlos. De consiguiente negóse á disminuir las contribuciones de Prusia, puesto que no tendria que soportar enormes dispendios, y solo consintió en tomar caballos, bueyes, granos, en compensacion del dinero que aun debía. Igualmente se negó á la restitucion de Glogau, manifestando que esta plaza se hallaba en su linea de operaciones, y que además, una vez admitida la alianza, todo venia á ser comun entre Francia y Prusia, y no tenia el rey por que echar de menos ninguna de sus fortalezas. En cuanto á la solicitud de neutralizar la Silesia, respondió fundadamente que estaba pronto á admitirla, pero que para garantizar esta neutralidad no bastaba Francia, necesitando sobre todo obtenerla de Rusia. Respecto de la integridad del actual territorio prusiano y de una mejora de fronteras al tiempo de la paz, no opuso dificultad á empeñar promesas.

Ninguna cuestion podia suscitar, Prusia, caida como estaba, y de consiguiente el 24 de febrero firmóse un tratado, cuyas condiciones se reducian á lo siguiente. Prusia se comprometia á presentar veinte mil hombres, puestos inmediatamente á las órdenes de un general prusiano, pero obligados á obedecer al jefe del cuerpo de ejército francés en donde estuvieran sirviendo. Los veinte y dos mil hombres restantes de Prusia debian estar distribuidos de este modo: cuatro mil en Colberg, tres mil en Graudentz, plazas que se reservaba exclusivamente el rey de Prusia, dos mil en Postdam para custodia de la real residencia, y el resto en Silesia. Exceptuando Colberg y Graudentz, en las ciudades cerradas ó abiertas no debia haber mas que milicias urbanas. La contribucion de guerra, de que Prusia

habia quedado deudora á Francia, se fijaba definitivamente en cuarenta y ocho millones, pagaderos veinte y seis de ellos en cédulas hipotecarias ya entregadas, catorce en suministros, ocho en dinero, pagaderos estos últimos al fin de la actual guerra. De los catorce millones, pagaderos en especie, se debian suministrar quince mil caballos, cuarenta y cuatro mil bueyes, y una considerable cantidad de cebada, avena y forrages. Convínose en que á orillas del Vistula y del Oder se reunirian estos suministros.

Bajo estas condiciones Napoleon garantizó á Prusia su actual territorio, y para el caso de una guerra feliz contra Rusia, le prometió una extension de fronteras en resarcimiento de sus pérdidas anteriores. A pesar de las quejas de los prusianos contra Francia, este tratado debia merecer la aprobacion de las personas juiciosas, pues, no teniendo el rey de Prusia por qué guardar consideraciones á Rusia, hacia bien de buscar sus seguridades, donde esperaba hallarlas. Respecto de Napoleon, no volviendo á la política, ya tardía entonces, de reconstituir una Prusia grande y fuerte, que teniendo todo de él, le fuera fiel con perseverancia, nada mejor que proceder como procedia, esto es desarmándola, dispersando parte de sus soldados, llevando otra parte consigo para no dejarlos á espaldas del ejército francés, comiéndose por último sus géneros y sus ganados y haciendo uso de sus caballos.

Con Austria la posicion era muy diferente, como que no temia por su existencia, ni tenia necesidad alguna de ser aliada de Napoleon, pues, lejos de estar como Prusia bajo la mano de cuatrocientos

mil franceses, iba á tener casi á su discrecion la Italia, tan luego como partiera de allí el principe Eugenio. Asi hubiera querido eludir la alianza francesa, permanecer espectadora de la lucha, y sacar despues algunos provechos del vencedor á costa del vencido. Se inclinaba á creer que Napoleon alcanzaria la victoria, y bajo este aspecto pensaba que mas tendria que ganar con él que con el emperador Alejandro; pero para mayor seguridad, hubiera preferido no comprometerse con ninguno de ellos, y ahorrarse de hacer en San Petersburgo la declaracion desagradable de unirse á Francia contra Rusia. Pero no habia medio de librarse de la mano de hierro de Napoleon. Con él era forzoso pronunciarse en pró ó en contra; y al cabo, siendo su triunfo mas probable que el de Alejandro, en declararse á favor suyo habia la ventaja probable de recobrar la Iliria, es decir Trieste, que de todas sus pérdidas era la que sentia mas vivamente el Austria. Por lo demas, despues de dar su hija á Napoleon en matrimonio, la alianza francesa era para el emperador de Austria natural y facilmente explicable.

Portanto la corte de Viena consintió en un tratado de alianza con Francia, bien que exigiendo el mayor secreto, y reclamando que este tratado solo fuera conocido lo mas tarde posible, pues como decia Mr. de Metternick, en Austria nadie mas que el emperador y él eran parciales de esta alianza, y si se voceaba tal negociacion demasiado pronto, quizá surgieran desde luego oposiciones insuperables. Ademas era preferible sorprender á Rusia, presentándole de improviso un cuerpo de ejército con quien no pensaba habérselas en Volhynia.

Este cuerpo se hallaria completamente listo en Galitzia, donde ya se estaba juntando, bajo pretexto de tener tropas de observacion en la frontera. Por consiguiente en el secreto nada se perdia, y antes bien se ganaba todo.

Napoleon se prestó á guardar el secreto, porque lo que le importaba era contar con Austria, siéndole indiferente el dia en que se conociera esta alianza. Ademas participaba de la idea de tenerla oculta, con el designio siempre fijo en su mente de no apurar la paciencia de los rusos sino lo mas tarde posible.

Se convino pues, por tratado auténtico, firmado el 16 de marzo, en que Francia y Austria se garantizarian recíprocamente la integridad de sus estados actuales; en que para la presente guerra suministraría el Austria un cuerpo de treinta mil hombres; en que se habria dirigido á Lemberg para el 15 de mayo, á condicion de que por esta época ya el ejército francés, de resultas de su movimiento ofensivo, hubiera atraído á sí las fuerzas rusas; en que este cuerpo, mandado por un general austriaco (el príncipe de Schwarzenberg) estaria bajo las órdenes directas de Napoleon; y por último en que si el reino de Polonia era restablecido, Francia en compensacion del auxilio prestado por Austria la indemnizaría en Iliria, y en que de todos modos, si era feliz la guerra, trataría al emperador Francisco en la nueva division de territorios conforme á la amistad que debia unir á un yerno y á un suegro.

Segun se ve, este tratado comprometia al Austria á una débil ayuda, y le dejaba la facilidad de decir en San Petersburgo que era aliada solo por mera

forma, y á fin de evitar con Francia una guerra, para la cual no estaba preparada. Por otra parte derecho tenia para manifestar que, obrando de este modo, no hacia mas que lo que hizo Rusia en 1809.

Tocante á Napoleon cabe decir que habia logrado del Austria cuanto era posible sacar de ella, obligándola á contraer un compromiso formal por cuya virtud una traicion era inverosímil, ya que no imposible, y apelando escasamente á la actividad de los soldados austriacos, teniéndolos por cooperadores muy flojos, capaces en determinadas circunstancias de ser contrarios muy activos. Al propio tiempo habia hecho resplandecer ante los ojos de Austria una esperanza que podia ser prenda de la sinceridad de esta potencia, la esperanza de recobrar la Iliria.

Despues de haber concluido estos tratados de alianza, sobre los cuales se estaba de acuerdo cuatro ó cinco semanas antes de firmarlos, dedicóse Napoleon definitivamente á poner en movimiento sus tropas. Ya habia prescripto al ejército de Italia que se concentrara al pie de los Alpes, y al mariscal Davout que estuviera pronto á volar sobre el Vistula, si contra todas las verosimilitudes, se anticipaban á pasar el Niemen los rusos. Preparado ya todo ordenó las primeras marchas, bien que de modo de no estar junto al Niemen antes de mayo. Véase como distribuyó su ejército numeroso, el mayor que se haya visto desde los conquistadores bárbaros que hacian mudar de lugar á pueblos enteros, el mayor de seguro entre todos los ejércitos regulares que han existido nunca, pues era la mas vasta reunion conocida de guerreros útiles, disciplinados é instruidos, sin aquella mezcla de mu-

geres, de niños y de criados que constituían en lo antiguo las tres cuartas partes de los ejércitos invasores. A reproducir vamos los guarismos exactos recogidos en los estados particulares de Napoleón, mucho más puntuales que los que tenía el ministerio de la Guerra.

Aunque Napoleón había delegado en el mariscal Davout, á causa de la especialidad de su talento, la organización de la mayor parte del ejército de operaciones, no le dió á mandar tantas tropas como había organizado, reservándose disponer de las grandes masas. Solo quiso, que hallándose el mariscal más próximo al teatro de la guerra, más á la mano para obrar en el caso de que pasaran el Niemen los rusos, tuviese una fuerza bastante para contenerlos. Fióle, pues, cinco divisiones francesas sin rivales, como que eran las tres antiguas de Morand, Friant y Gudin, transformadas en cinco, llevando cada regimiento de tres á cinco batallones de guerra. Para completarlos se habían añadido algunos batallones badeses, españoles, holandeses, anseáticos, encerrados en excelentes cuadros. Dos gefes de mérito sumo, los generales Compans y Déssaix, debían mandar las dos nuevas divisiones. Una polaca, la que estaba en Danzick y de su guarnición no formaba parte, era la sexta, y se componía de buenos soldados que en 1809 hicieron con éxito la campaña contra los austriacos.

Napoleón había conservado la antigua distribución de sus tropas de á caballo en caballería ligera destinada á los reconocimientos, en caballería de reserva para los ataques en línea. Esta se componía en proporción determinada también de caballería ligera, pero sobre todo de caballería

pesada y media, es decir, de coraceros, de lanceros y de dragones. A causa de su fuerza hallábase dividida esta reserva en cuatro cuerpos. Cinco regimientos de caballería ligera y dos divisiones de coraceros formaban el primero, que fué incorporado al ejército del mariscal Davout. Este reunió pues cerca de ochenta y dos mil hombres de infantería y de artillería, tres mil quinientos hombres de caballería ligera, particularmente agregada á su cuerpo, y once ó doce mil de caballería de reserva, es decir, de noventa y cinco á noventa y siete mil hombres de las mejores tropas que existían en Europa. Debían llevar el título de primer cuerpo, y su cuartel general era Hamburgo.

Además Napoleón confió al mariscal Davout la división prusiana de diez y seis á diez y siete mil hombres, que estaba puesta bajo las órdenes inmediatas del general Grawert, con lo cual llegó á reunir este mariscal muy cerca de ciento catorce mil soldados bajo su mando.

Al mariscal Oudinot dió Napoleón el segundo cuerpo, formado de las divisiones estacionadas en Holanda y del resto de las tropas organizadas por el mariscal Davout y no puestas á sus órdenes. Constaba de las dos divisiones francesas de Legrand y Verdier, compuestas de parte de las antiguas divisiones de Massena y de Lannes, y de una hermosa división suiza, á la cual se habían añadido algunos batallones croatas y holandeses. Con la caballería ligera, la artillería y una división de coraceros, sacada de la reserva de caballería, se elevaba este cuerpo á cerca de cuarenta mil hombres de tropas no menos excelentes. Su cuar-